

www.elboomeran.com

Alissa Walser

Al principio la noche
era música

Traducción de Claudia Baricco



Adriana Hidalgo editora

Walsler, Alissa
Al principio la noche era música - 1ª ed.
Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2011.
298 p. ; 19x13 cm (Narrativas)
Traducido por: Claudia Baricco

ISBN 978-987-1556-72-4

I. Narrativa alemana I. Claudia Baricco, trad. II. Título
CDD 833

narrativas

Título original: *Am Anfang war die Nacht Musik*

Traducción: Claudia Baricco

Editor: Fabián Lebenglik

Maqueta original: Eduardo Stupía

Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina: noviembre de 2011

1ª edición en España: noviembre de 2011

© Piper Verlag GmbH, München 2010

© Adriana Hidalgo editora S.A., 2011

Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301

(1054) Buenos Aires

e-mail: info@adrianahidalgo.com

www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1556-72-4

ISBN España: 978-84-92857-59-3

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

Esta edición se terminó de imprimir

en -----, Buenos Aires,

en el mes de **octubre** de 2011



La traducción de esta obra fue subsidiada por Litrix.de,
un proyecto del Goethe-Institut, que cuenta con el apoyo
financiero del Ministerio Federal de Relaciones Exteriores
de Alemania.

Cada sonido que emitimos
es un pequeño fragmento de autobiografía.

Anne Carson

CAPÍTULO UNO

20 de enero de 1777

Esta mañana de invierno el médico más conocido de la ciudad baja, seguido de su perro, las escaleras que llevan desde el sector de sus dormitorios a sus consultorios. Los peldaños color miel le permiten ir dando pasos cómodos y a las patas caninas ir a un rítmico trote sin esfuerzo. En esta casa no hay escaleras angostas y empinadas. Como antes, en la casa paterna. Donde él siempre bajaba trepando como por una escala al piso de abajo por una trampilla que había en el entarimado —si es que no se caía y terminaba lleno de moretones.

Obviamente que hubiera preferido quedarse en la cama. Afuera es noche cerrada y hace frío. Pero hoy tiene por delante una importante visita médica, quizás la más importante de toda su carrera: le han pedido que examine a la hija ciega del funcionario de la Corte Imperial y Real Paradis. La señora del Secretario de la Corte ha solicitado una visita a domicilio. Es por la posibilidad de ascender que anda levantado tan temprano. Y desciende esta escalera no apropiada para ningún madrugador. La suntuosa amplitud, la espiral apenas

insinuada –un caracol que no llega a definirse– evocan una armonía, pero que a lo sumo puede percibir quien ha dormido lo suficiente. No es su caso. Y el hecho de que Kaline, la criada, haya encendido las lámparas y la estufa es sólo un débil consuelo hasta tanto ella misma no se deje ver. Si al menos pudiera tocar algo de música. Allí vive pues desde que se casó, en esta casa la más espléndida de todas, con tantas habitaciones que hasta su instrumento posee la suya, y así y todo ahora no puede ponerse a tocar. Y un buen día siempre comienza con música. Bastan cinco minutos en su armónica de cristal. Mozart, Haydn o Gluck, o simplemente dejar que los dedos hagan lo suyo hasta que ellos solos encuentren una melodía y se deslicen ligeros sobre las teclas como un gato que juega en la nieve. Con esa misma ligereza se desliza luego el día.

Pero Ana, su esposa, duerme; los pacientes duermen, todos duermen aún, la casa entera. Hasta es probable que la misma Kaline se haya vuelto a dormir. De ella es de esperarse. Basta con que se siente, en el banco de la cocina junto al fogón o en el taburete del lavadero, para que caiga en un sueño profundo. Hace apenas dos días la ha sorprendido así incluso en el salón. Reclinada sobre uno de los almohadones semejaba un grácil animalito con los ojos cerrados. O una esbelta planta. Una flor asaltada por el sueño. Con gusto se hubiera quedado contemplando la ligera curvatura de sus párpados. Los ojos cerrados poseen algo tan inocente, tan indefenso. Pero

tenía que despertarla. Su esposa, en situaciones así, enseguida alzaba la voz, demasiado alto para una muchacha que dormía inocentemente. Él pronunció su nombre, pero Kaline no se despertó. No quería tocarla, por lo que de pie frente a ella comenzó a soplarle en el rostro, hasta que ella abrió los ojos. Más sorprendida que asustada, mascullando una disculpa. Inadvertida, Ana apareció en el umbral de la puerta, y entonces sí muy pronto se alzó muy alta la voz, tan alto que ya fue imposible pensar en dormir. Una sarta de improperios ahuyentó todo sueño posible a los rincones más recónditos de la casa. Hasta las profundidades de las oscuras bóvedas de los sótanos. Y hasta bien en lo alto, más alto que las habitaciones de los criados, hasta ese minúsculo cuartito situado directamente debajo del techo. Ese cuartito como atrapado y envuelto en telas de araña en el que las ventanas, por las palomas, estaban claveteadas con tablones. Allí donde el sueño sigue siendo sueño, el estado más natural del hombre. Y el estado que a él más le sienta. Al fin y al cabo la existencia del hombre comienza durmiendo. ¿Y con qué fin ha previsto la naturaleza el acto de dormir sino para dar continuidad a su existencia? ¿Y qué otro estado sería más adecuado para ello que el del sueño? La propia tesis de Mesmer: el hombre despierta para comer y beber y así poder dormir sin morir de hambre. El ser humano despierta para dormir.

Salvo él. Él duerme para trabajar. Él tiene que levantarse con los pájaros, no, mucho antes que ellos. Su día

comienza cuando aún no hay pájaro alguno que sueñe con sol alguno. ¿Pero qué sol ni qué pájaro? Viena en enero. Ni sol ni pájaros. Cornejas sí, pájaros de la familia de los cuervos. Grandes cornejas rusas gris negruzcas que en el caldo neblinoso vienés apenas si se distinguen del gris piedra de las casas. Y siempre en eterna disputa por el alimento.

En lo que respecta al sueño, sorprendentemente su esposa comparte en un todo su opinión. Ana sostiene incluso que levantarse antes de las diez de la mañana daña la salud. Y que una persona con la salud dañada no es del agrado de Dios. Y lo dice en un tono que ni siquiera el médico personal de la Emperatriz, Störck, se atrevería a cruzar su mirada. El profesor Dr. Anton von Störck. Que no cesa de advertirles a sus alumnos que se cuiden del sueño, del ocio. Y el estudiante Mesmer, ¿acaso no se había sentido aludido particularmente por este tema? Él, estudiante con más de treinta años. Su trabajo de doctorado recién a los treinta y tres. El eterno estudiante, un género que solía ser objeto de burlas de sus padres. Y del que también lo habían considerado parte. No era algo precisamente agradable. Efectivamente había estudiado una eternidad. Primero Teología y Matemática, luego Derecho y Filosofía, luego Medicina. La combinación consagrada. Ejemplar. Nadie podía tacharlo de holgazán. Incluso habiendo dormido siempre bien. Pero el profesor Störck no discrimina entre dormir y holgazanear. Del mismo modo en que no discrimina entre

el nuevo método de Mesmer y esas cosas que inventan algunos oculistas, astrólogos y charlatanes. Su tesis doctoral Störck todavía había llegado a aceptarla. Aunque había tragado saliva al leer el título. *De planetarium influxu in corpus humanum*. Acerca de la influencia de los planetas en el cuerpo humano. Pero luego Mesmer le había explicado que no se trataba de horóscopos, sino de una investigación científica sobre los efectos de los astros sobre la Tierra. Al final había logrado convencer medianamente al barón. Al menos este había estampado su firma al final del trabajo. Desde entonces Mesmer podía llamarse Doctor en Medicina.

¡Pero ya de mañana temprano pensando en el señor von Störck! Peor no podía comenzar un día que pensando en su antiguo profesor. En quien antaño había confiado tanto que atendiendo al deseo de Ana hasta le había pedido que fuera su padrino de bodas. Ahora ya no podrá librarse más de él. Y pocas veces este pensamiento permanece aislado: como en la vida real lo desagradable se suma a lo desagradable y de ello resulta otra cosa desagradable. Que a la mañana temprano repercute de forma especialmente desagradable en el estómago. Le viene a la mente el profesor Ingenhouse, el famoso vacunador contra la viruela de Londres, miembro de la Real Academia. Ante el descubrimiento de Mesmer manifestó públicamente que sólo el genio de un inglés podía ser capaz de tal descubrimiento. De modo que a su entender no podía tratarse de nada trascendente. ¡Y ahora Míster Ingenioso

vacuna a los vieneses contra la viruela! Sin importarle las consecuencias. Y el Dr. Barth, el famoso operador de cataratas, y todos los demás. Toda esa banda de médicos que no le dan crédito ni a él ni mucho menos a su nuevo método. Que lo quieren destruir. Pensar en ellos ahora, tan temprano a la mañana, piensa, es envenenarse solo. Los pensamientos, piensa, son como las medicinas. La dosis equivocada y lo matan a uno.

Comienza a marchar deprisa, atravesando la gran sala de tratamiento. El perro, contento por el cambio de ritmo, pega un salto a su lado. Él lo aparta con una mano mientras con la otra busca en el bolsillo de la bata la llave del laboratorio. Encuentra una bolsita de cuero: vacía. La criada sabría dónde está la llave, ¿pero dónde está la criada? Si la llama, despertará a toda la casa. Maldiciendo por lo bajo llega al pasillo del fondo: la puerta del laboratorio. ¡Abierta!

¡La llave de la habitación más secreta y más importante de la casa está puesta en la cerradura! Del lado de adentro. Sabe Dios quién es el responsable. Una suerte para Kaline que el sueño se la haya tragado. El perro, como siempre adelante, ya está junto al telescopio. Qué contento está. Cómo meneas la cola. Y cómo sonríe. Su perro que sonríe. Qué ridículo, piensa y ve pelos caninos flotando en el aire, ¡en dirección al microscopio! Por más que quiera tanto ese simpático rostro canino, lo hace que se aparte. Luego su mirada va recorriendo los conocidos instrumentos, el telescopio, la máquina electrostática, hasta la pared

donde así como antaño colgaban los trofeos de caza en el salón de su padre, que era guardabosque, aquí cuelgan los imanes. Alargados, ovalados, redondos, de forma arriñonada, con forma de corazón. Uno al lado del otro cubren todo el espacio, íntegramente. Eso significa: están todos, no falta ninguno.

Respira hondo. Saca un guardapolvo limpio del armario, acorde a la ocasión el gris azulado de seda. El de los galones dorados. Y para combinar, medias blancas. Se quita la bata, se pone una muda fresca y con el dedo se da toquecitos de agua floral en la frente. Toma de la pared dos imanes ovales y el que tiene forma de corazón, los lleva a la mesa de madera que hay frente a la ventana y los frota con un paño de seda.

Ha habido tormenta y ha nevado toda la noche. Bajo el resplandor de la lámpara del patio ve que aún sigue nevando. Minúsculos copos aislados en el círculo de luz, como si no quisieran caer jamás al suelo, sólo danzar eternamente en el aire. Como la doncella Ossine, que flota en el torbellino de sus miedos como un pequeño copo en el viento.

Seguramente ha vuelto a pasar una noche endemoniada. *De noche estaba sola. Y la soledad le abrió paso al demonio.* Esas son sus palabras. Así expresa la doncella Ossine que no puede hablar mejor de lo que piensa y que no puede pensar mejor que su propia abuela.

Pero él, ¿por qué tiene él en su cabeza las flotantes formulaciones sin ton ni son de la mujer? Debería ser

al revés. Ella debería tener en su cabeza lo que él dice. Nada es como debería ser esta mañana temprano. Palabras que salen de cualquier lado se le cruzan por la cabeza como si fuera lo más normal del mundo. Les desconfía. Palabras como sin adherencia. Inventadas de una vieja nada, de una archivieja nada. Inexactas. Falsas. Palabras que él tiene que traducir para poder volver a reconocerse en ellas.

Cuando la doncella Ossine habla del demonio, eso significa: no ha podido dormir. Ha dado vueltas en la cama. Dolor de cabeza. A eso sumado una fiebre histérica. Ha vomitado y vomitado, hasta el amanecer.

Eso significa que lo hará llamar cada cinco minutos. En síntesis, la endemoniada noche de la doncella Ossine significa que Mesmer tendrá por delante un día infernal. Sobre todo porque el mundo no se reduce a la doncella Ossine. La nueva paciente se llama María Teresa. Su padre, el Secretario de la Corte, es un amante de la música. Ella misma es una virtuosa pianista. La familia es conocida en toda la ciudad. También la Emperatriz la conoce. Y la ama. A María Teresa. Él la curará. Así todo encajará perfectamente.

Guarda los imanes en el saquito forrado de seda celeste, lo cierra atando los cordones. Dos van a su maletín médico, uno al bolsillo interior de su guardapolvo. Se alisa el guardapolvo a la altura del pecho. Nadie debe notar nada. Nadie debe preguntar por qué él, el médico que trata a los enfermos con imanes, lleva un imán pegado

al cuerpo. ¿Acaso él mismo está enfermo? ¿Un enfermo que quiere curar a enfermos? ¡Eso es sospechoso! Él no quiere tener que explicar nada. No tienen formación, no lo pueden entender. A diferencia de sus colegas. Ellos sí lo podrían entender. Pero no quieren hacerlo. El Sr. von Stestarudo no quiere y el Dr. Ingenioso menos aún. No quiso entender siquiera cuando Mesmer curó a la doncella Ossine delante de sus propios ojos.

De un establo se había escapado un cerdo, del pánico había salido como galopando por las estrechas callejuelas de Viena y casi había chocado con la doncella Ossine. Cuando la habían llevado para que Mesmer la viera, estaba inconsciente. Una buena oportunidad para demostrar sus conocimientos. Él lo había mandado a llamar a Ingenhouse para darle la oportunidad de convencerse de la realidad del principio del magnetismo. No creía que este fuera a ir realmente y menos que luego hiciera aquello que Mesmer le dijera sin poner objeción alguna. Pero sí lo había hecho: de entre seis tazas de porcelana blanca que había sobre la mesa Ingenhouse eligió una al azar y se la entregó a Mesmer para que este le transmitiera la fuerza magnética. Luego Ingenhouse llevó todas las tazas a la sala contigua donde yacía inconsciente la mujer. Cuando esta entró en contacto con la taza magnética, su mano se apartó contrayéndose de dolor. Ingenhouse repitió la prueba con todas las seis tazas. Pero la señorita reaccionó sólo ante la magnética; finalmente volvió en sí, sintiéndose débil pero bien. El

Profesor Ingenioso no lo podía creer. Sacudía la cabeza, decía: “Increíble”, y volvía a hacer la prueba una y otra vez como si no se lo pudiera creer ni a él mismo. Hasta que confesó: lo había convencido. Mayor fue entonces la sorpresa de Mesmer cuando a los pocos días Ingenhouse manifestó públicamente que había sido testigo de una demostración fraudulenta. De un juego arreglado previamente entre Mesmer y una paciente.

Cuando llegó a los oídos de la doncella Ossine, la que ya hacía tiempo que había vuelto a pasearse confiada por las estrechas callejuelas de Viena, que se la acusaba de ser partícipe de un juego arreglado y fraudulento, volvió a tener las viejas convulsiones. Había sido entonces que Mesmer la había acogido en su hospital.

Al Dr. Ingenioso no le interesan los sanos. Hasta le causan repulsión. A él le atraen los enfermos, con sus malos y aun peores síntomas para los que él halla explicación en sus cuerpos. ¿Pero de qué sirven las explicaciones? ¿No basta con sanar? El doctor es como todos los seres humanos. Fácil de enfervorizar con fatuas fantasías y difícil de entusiasmar con la verdad. La verdad es: un imán da fuerza. Eso es algo que Mesmer no tiene que probar. Lo siente.

Por la ventana ve a la cocinera cruzando el patio. Probablemente sea más tarde de lo que creía. Su reloj, ¿dónde está su reloj? Llegará tarde. Kaline. ¿Dónde está Kaline? La cocinera. No, preguntarle a esta cocinera la hora es como preguntarle a un cuervo por un pedazo de queso.

El cochero ya aguarda. Lo aguarda a él. Afuera, en medio del frío. Él se pone el amplio abrigo de lana negra, un pañuelo de lana alrededor del cuello. Nuevamente con un dedo, un toque de agua de rosas, esta vez detrás de la oreja, y cuidadosamente cierra la puerta detrás de él. El perro lo saluda como si llevara días sin verlo. Lo sigue y ambos salen. En el patio sigue su propio camino. Va andando con paso lento y pesado en dirección a la cuadra, hundiendo las patas en el blanco fresco de la nieve. Como notas negras sobre papel blanco, piensa Mesmer. Y le viene a la mente una melodía. En el patio la nieve amortigua cada sonido, salvo los sonidos de la nieve. Los pasos de Mesmer resuenan tan fuerte que se detiene asustado y alza la vista hacia la habitación de su esposa. Todo en silencio allí arriba. Ha tenido suerte. La dicha y el silencio son viejos amigos. Pero por supuesto ninguno de los que pugnan por avanzar en la ciencia le tomaría en serio una simple afirmación tal. Ellos parten de la premisa de que detrás de todo se esconde lo inconcebible. Y que esto debe ser formulado en un concepto. Sigue andando hacia el coche en puntas de pie. Ingresando en la espléndida imagen invernal con dos caballos negros delante de un trineo. Dos caballos completamente enjanzados que vuelven las cabezas mientras mastican y luego vuelven a voltearse hacia los sacos de avena que tienen delante de sus morros. En la imagen falta un cochero. Todos están satisfechos solos en su mundo. Él no. Él podría abrazar a los caballos, apoyar

la cabeza sobre sus cuellos tibios, acariciarles las grupas. Los caballos no le roban a uno la fuerza. Al contrario. Dan fuerza. Pero la nueva paciente. Y su padre, el Secretario de la Corte. Un Secretario de la Corte Imperial y Real no puede tener trato ni con un médico impuntual ni con uno que huele a caballo.

Los funcionarios públicos son todos iguales. Cuanto más puntual y más perfumado se presente uno, con mayor clemencia lo recibirán. Y qué más quiere uno que ser recibido con clemencia. Con más clemencia aún que la clemencia. De forma clementísima.

Con las manos en los bolsillos del abrigo se va deteniendo despacio. Su mano derecha, oh, sorpresa, hace un gran descubrimiento: un reloj con una cadena. Y cuando lo saca: ya no existe motivo alguno para la prisa. Y apenas esto deja de importar, todo comienza a funcionar perfectamente. El cochero sale corriendo por la puerta de un edificio contiguo, apurado la deja cerrarse sola de un golpe. A Mesmer la prisa le suena a actuación. El rostro satisfecho del cochero revela que acaba de desayunar tranquilamente. Y ahora, mientras lo saluda, les quita lo suyo a los caballos.

Al centro de la ciudad, dice Mesmer. Puede dejarlo en la Torre Roja. Desde allí irá caminando a la casa del largo nombre. ¿Cómo se llama? Ralla la...¹

¹ En alemán la casa se llama Zum Schab den Rüssel. Una leyenda vienesa cuenta la historia de un mendigo que hace un pacto con el diablo. Este le da un rallador mágico: si se pasa el rallador por la boca y dice al mismo tiempo

Ralla la trompa, dice el cochero y comienza a dar chasquidos hasta que los caballos se ponen en marcha.

Normalmente el Danubio captura los primeros rayos de luz de la mañana y conserva los últimos al atardecer. Pero hoy la nieve hace que el Danubio se vea negro. El Danubio es un reloj. En él se pueden leer la hora, el tiempo y la estación del año. Él podría organizar su vida rigiéndose por el Danubio. En general rigiéndose por los ríos, las aguas, las corrientes crecientes y bajantes. Que siguen los movimientos de los planetas. Que siguen a las constelaciones del Sol y la Luna. Ellas rigen el mundo. Todo aquello de lo que estamos hechos, lo sólido, lo líquido. Él ha estudiado los antiguos escritos, ha leído a Galileo, a Gassendi, a Kepler, a Descartes. Y ha estudiado la naturaleza, sus gestos salvajes. Los océanos, la pleamar y la bajamar. Los vientos: las tormentas y las tempestades. La tierra: los terremotos y las erupciones de los volcanes. Las convulsiones y los temblores de la doncella Ossine y otros innumerables movimientos. Los de su esposa, por ejemplo, con su irritabilidad y sus estallidos de cólera. Y sus propias —gracias a Dios más bien infrecuentes— molestias renales. Y pronto también

“¡Ralla la trompa!” (*Schab den Rüssel!*), caerá una moneda de oro. Al decir el conjuro, el rallador también lo protegerá de cualquier enemigo, pues saltará a la boca de este y se la rallará. Pero el trato es que al cabo de siete años el diablo volverá por su alma. En ese lapso el mendigo se hace rico. Cuando al cabo del tiempo el diablo regresa por su alma, el hombre pronuncia el conjuro y el rallador ataca al mismo demonio: este había olvidado excluirse del maleficio. Así fue que el hombre pudo disfrutar hasta el final de su vida de sus riquezas y el diablo perdió un alma por tonto. [N. de la T.]

el lenguaje corporal de la nueva paciente: su ceguera habrá de estudiar. Y para hacerlo cerrará los ojos ante lo que ya tiene estudiado. Ante ese rol que actúa de memoria. Y abrirá sus sentidos ante la cerrazón de ella.

Entre aquellos que él toma en serio, que piensan científicamente y se esfuerzan por hacer mediciones exactas como él, hay muchos que sospechan la influencia del universo sobre el mundo sublunar. Pero recién Newton logra establecer principios universales. Una mente clara, un lenguaje claro, leyes claras. Desde hace años estudia el sistema de Newton. Con bastante certeza puede afirmarse que se corresponde con la razón. Newton es grande. Tan grande que hasta puede reconocer cuando no está seguro. *I know there is an aether. I do not know what this aether is.* Una de esas frases que hacen a Newton insuperable. Esta frase resuena en Mesmer como el tictac de un reloj. Sin cesar. A veces más rápidamente, a veces más lentamente... Sólo, con su permiso, una pequeña observación... Él no quiere reprocharle nada, pero Newton, el físico... ¿puede ser que haya subestimado un poquito la influencia de los planetas sobre todo lo viviente? ¿Que quizás se haya apoyado un poquito demasiado en los aparatos de medición? Mesmer es médico. Y los médicos deben pensar más allá. Deben prestar atención a las más mínimas alteraciones que sufra la constitución del equilibrio. Aun cuando no se puedan medir con la más moderna técnica. ¿Qué es un barómetro comparado con la luna? La cual, como a las

aguas, atrae también a los aires y los concentra. Aunque no haya existido jamás un aparato que pueda leer las corrientes de aire. ¿Por eso no deben existir? Ridículo. ¡No, hay que pensar más allá! ¿Por qué no son medibles? ¡Porque la luna, la astuta, obviamente al mismo tiempo que atrae hacia sí las corrientes de aire eleva su peso!

Los cuerpos sienten lo que fallan en percibir los barómetros. Los cuerpos son atravesados por esas corrientes. Por la corriente. Por el fluido. La sustancia más sutil, la más sutil de todas las sustancias que alberga el universo. Más sutil que el éter más sutil. Es una ley. Su ley. Y que nadie lo contradiga. Sobre todo que no lo hagan los señores doctores de la Academia. ¡Sobre todo que no lo haga su antiguo profesor, su padrino de doctorado y de bodas Anton von Störck! Todos deberían reconocerlo: campesinos, sacerdotes, abogados, médicos, músicos, amantes de la música, cocineras, cocheros, sirvientas, la Emperatriz, su Corte, sus ministros, sus secretarios, sus criadas y sus pajes, sus hijos e hijas y todas las doncellas del país.

Viena, la ciudad más grande en la que ha vivido jamás. Un gran montón de piedras. Un montón maloliente. Adonde uno vaya huele mal, sobre todo con el calor sofocante del verano. Insoportable. Y gente. Tanta que es imposible que uno conozca a todos los amantes de la música. ¡Esta ciudad está plagada de amantes de la música! ¡Está plagada de músicos! Todos quieren ir a Viena, al teatro, a la ópera, a la Corte. Y a ver a la Emperatriz. Ella pareciera ser un imán. Un imán de una in-

tensidad tal que puede magnetizar a una ciudad entera, a una ciudad tan grande como Viena. Y con todo Viena es a veces tan minúsculamente pequeña (y tan llena de habladurías)... que sin hacer ningún esfuerzo uno se entera de todo sobre todos. A veces incluso más de lo que uno quisiera. Ha oído decir que la nueva paciente, pobre, no tiene suerte. Que es fea. Que es bella. En su dolor. Que se viste de modo que no la favorece. Que toca mejor el piano de lo que canta. Que tiene cataratas totales. Que simula su ceguera. En lo único en lo que existe acuerdo es en que el aprecio que siente la Emperatriz por la muchacha no tiene límites, dicen incluso que la adora. Él la curará. De ello no tiene dudas. El resto es mito, piensa, cuando el trineo se detiene de golpe.

Todo a su alrededor nieve fresca. Apenas se ven pisadas en ella. Le pide al cochero que por favor siga un poco más adelante, y va mirando por la ventana mientras los caballos avanzan a trote lento. Hasta llegar delante de una casa de imponente simetría y tantas ventanas que lo hace sentirse como observado.

Despacio se va acercando a las oscuras ventanas. Y alza la vista al segundo piso, el que está fuertemente iluminado. Una resplandeciente línea de luz en la que él posa la mirada hasta que lo oscuro desaparece de su vista.

CAPÍTULO DOS

20 de enero de 1777, 9:15

Así es como se debe recibir a una persona. Debe hacerlo una bella criada, despierta, ya despierta desde la mañana temprano. La criada que uno más obviamente espera en Viena, esa que en la puerta le lanza a uno una mirada que dura un segundo, una mirada que uno apenas percibe. Y que luego se vuelve y traza en el aire un arabesco que invita a la danza y casi ya al malentendido. Él sigue entonces esa nuca luminosa debajo del cabello recogido mientras va atravesando innumerables oscuros corredores, como los hay en todas las casas. Y en el salón vuelve a brillar la luz, y ella se vuelve hacia él y lo mira, como si ahora él mereciera sus ojos, y lo hace por lo menos durante un segundo. Pero ella tiene ahora una fuerte competencia: un pianoforte. Y no sólo uno: dos pianofortes en el mismo salón. Mesmer apenas si puede quitar la vista de los instrumentos, los que se encuentran allí uno al lado del otro con tal serenidad imperturbable como los caballos delante del coche con sus bocas abiertas.

Los señores vendrán enseguida, oye que dice la voz de la criada.

Y él, él le da las gracias por haberlo conducido hasta allí. Y cuando ella baja la mirada, le pide que comunique a los señores que no hay motivo alguno de prisa.

Apenas se ha retirado la muchacha, él se sienta al instrumento.

Mientras la mano derecha reposa sobre su pierna, con la izquierda comienza a hacerlo sonar. Cuán vigorosas suenan las notas en esta estancia antes de fundirse la una con la otra. Percibe el toque suave del instrumento. Ninguna duda, un piano vienés. Al pequeño Mozart le encantaría. ¿Y también le encantaría el motivo musical que está tocando? Sol-si-mi-re-la. Un río calmo. Que lo transporta, que no lo suelta. Lo repite, variando la duración de las notas y el ritmo, agregando pausas y un trino. Y al eco de unas notas va oponiendo otras. Al cabo de un rato suma a ello su voz. Comienza a tararear los cambios antes de tocarlos en el piano.

Un carraspeo llega desde la puerta. El señor Secretario de la Corte. Detrás de él la señora del Secretario de la Corte. Una mujer delgada de cofia. Y detrás de ella algo indefinible.

Ah, el señor Secretario de la Corte viene a su encuentro. Ve, dice aquel, a la persona correcta en la casa correcta. Y aquello no suena mal. Él sabe cuán difícil es tocar el piano, por experiencia propia por supuesto. Cuánta gente toca el piano y cuántos realmente lo hacen sonar bellamente... Se inclina ante él en una reverencia y Mesmer se esfuerza porque su reverencia sea lo más simultánea y

simétrica posible. Ningún hombre debe poder observar a otro durante una reverencia.

Señor Paradis...

Señor von...,² dice Paradis.

No, eso aún no, salta interrumpiéndolo Mesmer, de modo que el otro se ve obligado a repetir sus palabras.

Señor von Paradis, dice.

Raudo se ha puesto él de pie. Y qué severo que suena de pronto al hablar el señor Secretario de la Corte. Tono que por lo visto le sirve de ayuda a la señora del Secretario de la Corte para entrar a la sala, y lo que mágicamente aparece detrás de ella se revela como la hija.

La primera impresión cuenta. El impacto que recibe es como el de un rayo. Tan fuerte que se ve obligado a cerrar los ojos unos instantes. Y luego la cabeza le da vueltas cuando va intentando filtrar de todo eso lo importante, lo correcto. Registrar todo. La primera imagen de la paciente. La referencia para medir todo cambio, para todo lo que vendrá. No. Se serena y se concentra en lo que percibe. Lo anotará todo. Tiene miedo de olvidarse.

La primera impresión: espanto cuando la ve. Y él ya ha visto mucho. Y sabe lo suficiente para saber que él no es ningún remilgado. Pero algo así jamás.

Ella mantiene los ojos cerrados como en un espasmo. Cuando el padre pasa por al lado de su señora esposa como

² En alemán muchos apellidos nobles van precedidos de la partícula *von*. [N. de la T.]

si no existiera, toma a la hija de la muñeca y la va haciendo girar en un semicírculo a su alrededor.

Ella está pálida, cera maquillada con cera. Disfrazado. Una muñeca. Él siente el sabor del aliento de la muñeca. ¿Pero qué era lo que quería decir recién? Ese sabor dulce enrarecido en su boca. ¿Es el polvo de la muñeca en su lengua?

La pompa de sus cabellos se alza como una torre delante de él. Una montaña de pelo. Un fantasma de polvo. Una vieja peluca que supera en altura a todos.

La pequeña es la más alta del salón. Es más alta que el jarrón que hay en una esquina y que es casi tan alto como un soldado. Más alta que la estufa. Una niña monstruosa. Con un gran escote. No, no es ninguna niña.

Ha oído, dice el Secretario de la Corte, que Mesmer se ha informado sobre su hija. Lo ha alegrado que el médico pregunte por la enferma. Y ante esto el padre también ha pedido información sobre el médico. Yo estaba interesado en usted y usted en mi hija.

Ríe, no lo dice, lo ríe.

En los rizos ella lleva lazos y moños entrelazados. Y campanitas. Que van delineando todo el contorno como una procesión.

Mesmer va girando a su alrededor como si ella fuera un planeta. ¿Pero qué es lo que está mal? El planeta debe girar alrededor de la estrella. Y simultáneamente debe ir girando sobre su eje. La estrella quiere ver las distintas caras. Todas. También las más oscuras.

El padre dice que ha oído tantas diferentes voces sobre Mesmer, y debe confesarlo, no siempre favorables. Y con esto, pues, lo que quiere destacar es que él es un espíritu independiente. Que está convencido de la seriedad y de la sabiduría de Mesmer. Y abierto a otros métodos. A su nuevo método. Los imanes. Quien tiene una hija enferma no puede prestar atención a lo que dice la gente. ¿Se puede imaginar Mesmer todo lo que uno pasa con una niña enferma?

En el cabello le han colocado árboles artificiales y pájaros embalsamados en pequeños nidos, empollando. ¿Puede ser que le hayan puesto huevos reales a los pajaritos? De los padres se puede esperar.

El dramático tableado de su espléndido vestido, las fisuras en la máscara de polvo reseca, las cáscaras de huevo con motas azul pálido en su cabello. No es más que una puesta en escena de lo verdadero dentro de lo real, piensa él. Y por supuesto todo con la mejor intención.

Usted podrá ayudarla. El Secretario de la Corte le entrega la muñeca de la mano de la niña. Blanda y fría como un pajarillo asfixiado se siente esta en la mano de Mesmer.

Para él ya el más mínimo cambio será bienvenido, dice el Secretario de la Corte. Cualquier cosa será mejor que eso. La señala con el dedo. Y la va empujando en dirección a la mesa.

Cuán vivos se bambolean los rizos artificiales en su cabeza. Ella en sí, en cambio, parece carecer de toda fuerza expresiva. Todos sus movimientos son como provocados desde afuera. Su rostro es un nido aplastado, revuelto, de nuevo aplastado y abandonado. Una imagen especular de la mano que él sigue sosteniendo en la suya.

Quiere ser honesto, oye que dice el Secretario de la Corte. Ya ha llevado a su hija a ver a muchos médicos y de renombre. Al Dr. Anton von Störck, al que él ya conoce... el último ha sido el barón Wenzel, el famoso operador de cataratas. Ambos han dicho que no tiene cura. Al oír los nombres Mesmer y la muchacha se han estremecido. Ahora, cuando el padre alza la voz, la boca de ella se tuerce en una mueca.

Nadie ha podido hacer nada.

Eso no le extraña, dice Mesmer y observa cómo la cabeza de ella comienza a volverse hacia él.

Sigue tan ciega como antes, dice el padre.

De pronto, como si tuviera alas en las comisuras, la boca de la muchacha comienza a temblar. Juega con una sonrisa. ¿Qué pretende? ¿Desprenderse del rostro? ¿Soltarse y partir?

Y observe usted, dice el padre, sus ojos...

El Secretario sigue sosteniendo el brazo de la muchacha. Mesmer su mano. Ahora con ambas manos. Siente cómo la mano de la muchacha comienza a estremecerse.

Es como si los ojos quisieran salirse de las órbitas, dice el padre. Si sigue así pronto rodarán ante mis pies.

¡Tanto talento para la música y esto! ¡Qué desgracia! Tiene la pasta para hacer una carrera profesional. En su sangre se unen diversas líneas, musicales.

Mi padre, comenta la madre en voz baja, era director de ballet, director del Ballet de la Corte...

Por favor..., dice el Secretario de la Corte colocándose el dedo sobre los labios.

Ciega o no..., prosigue. Ciega o no.

Ella no fue siempre..., vuelve a intentar su mujer.

Esta vez su esposo sube la voz dos tonos de golpe.

Su hija ha tocado personalmente para la Emperatriz. Ha tocado y cantado. En ocasión de la fiesta en acción de gracias por la victoria de Planian del año 57. En la Iglesia Imperial de los Agustinos Descalzos. Pero no tiene que contarle nada sobre ese fabuloso *Stabat Mater*. Con toda seguridad ha oído hablar de ello. Todo el mundo ha oído hablar de ello, toda la ciudad. Todo el mundo en Viena, agrega, que la ama, a la Emperatriz. Y que ama la música. La Emperatriz, sumamente emocionada. Le ha otorgado a Resi una pensión graciable. ¡Imagínese, dice, una pensión graciable de arcas privadas de la Emperatriz!

No cualquiera recibe algo así, dice Mesmer.

Doscientos florines, de por vida, susurra el padre. Y con su ayuda, agrega, todo saldrá bien. ¿Ya puede decir cuánto tiempo llevará... y el costo...?

Eso es algo que no puede decir, replica Mesmer. Apenas si ha visto a su hija.

Pero si está aquí sentada, lo interrumpe la madre.

¿Sabe el doctor, pregunta la madre, que Resi recién quedó ciega a los tres años? De la noche a la mañana.

Que lo deje terminar de hablar al doctor, la increpa el padre. Por favor, continúe, le dice entonces a él, continúe con lo que quería decir.

Mesmer dice que quisiera saber más sobre aquella noche.

Aquella noche había habido un tumulto inexplicable en la casa. Una pesadilla, la casa, dice el Secretario de la Corte. Incluyendo a todo el personal, que tenía tendencia a tener sueños. Una pesadilla absoluta. Ladrones y asesinos. Ladrones convertidos en asesinos. Eso habían soñado y eso habían gritado a toda voz desde sus sueños: ¡Ladrones!, ¡asesinos! ¡Claro! ¡Paja en las paredes y nada más que paja en el cerebro! Una pesadilla. La casa se había despertado de los gritos. Todos se habían despertado. Y habían salido vagando por la oscuridad. Por esa oscuridad de la pesadilla de la casa.

La niña también, aún no había cumplido los tres años. Se había bajado de su camita. Y desapercibida había bajado al otro piso, en la total oscuridad.

El ama de llaves la había encontrado recién a las horas, llorando bajito, en el rincón más oscuro de la casa.

La había llevado de vuelta al piso de arriba. A su cama. Durante el episodio había tomado frío en la cabeza. Usted sabe, dice el padre, las corrientes de aire. Ah, pero no había sido en esa casa, hacía unos años se habían mudado. Cuando lo habían nombrado Secreta-

rio le habían dado esta residencia de la Corte. Allí vivía gratis, de buen grado y bien. Siempre era preferible más barato y mejor.

Era cierto que también allí, en la casa Ralla la Trompa, las velas se apagaban con las corrientes de aire, y el fieltro que ponían en las puertas no cambiaba mucho las cosas, pero comparada con la casa anterior, dice, aquí reina una calma chicha.

¿Así que la niña había tomado frío en la cabeza con la corriente de aire?

El miedo..., dice la madre.

El miedo, se impone sobre ella la voz del padre, hizo el resto. A la mañana siguiente estaba ciega.

¿Puede imaginarse él tamaña desgracia?, estalla la madre. La propia hija. El ser más querido. Su mayor esperanza. Por la noche me mira haciéndome guiños con sus bellos ojitos claros. Le doy un beso, como todas las noches. Y a la mañana siguiente se choca contra las paredes. Ciega como un topo o como un muro, como... Ella se había quedado parada a su lado, sin saber qué hacer. ¿Puede imaginarse algo así?, estalla en sollozos la madre. Seguramente él también tiene hijos y...

No, dice Mesmer en voz baja, mi esposa...

Su esposa, prosigue el padre, lamentablemente tampoco ha podido darle un hijo varón. Lo que por supuesto no es su culpa. Sólo una hija. Una con talento, sí, pero de qué servía. No aportaría nada a la continuidad de esa línea, ya que en la reproducción era la semilla masculina

la que llevaba todo lo que se podía denominar talento, y así este echaba raíces en el femenino humus materno. Todo ello significaba que su talento prosperaba en su hija, pero también que con ella habría de acabar.

Evidentemente él pertenece al grupo de los espermistas, dice Mesmer. Pero él quiere mencionar también que el grupo de los ovulistas, es decir, de aquellos que creen que en la célula femenina está contenido todo lo que él llama talento, de ningún modo está compuesto sólo por mujeres. No, eran hombres. Hombres y bien sabía Dios que ningunos niñitos de mamá.

¿Y cómo es en realidad? El Secretario de la Corte se impacienta.

Es algo sobre lo que todavía se discute.

Ah, ah, dice el Secretario de la Corte y evita la mirada de su irritada esposa. Sea como sea él intenta hacer lo mejor de la situación. Ha sido un gran golpe para todos, no sólo para ella, para todos los que la conocen.

Desde entonces su mujer se empeña por ser sus ojos. Es lo menos que puede hacer.

Registrará el llanto de Madame. Esa mezcla callada de gemidos y sollozos. Como algo que al mismo tiempo hace bien y duele. Como una salvación que nunca logra su cometido.

Él, rememora el Secretario de la Corte, ha intentado hacer lo mejor de la situación. Es lo único que ha podido hacer. Siempre su lema ha sido hacer lo mejor de la situa-

ción. Incluso cuando lo mandaron al Bánato,³ a los pantanos. Donde el clima era insoportable. Donde casi se muere. Donde para sobrevivir había tenido que recurrir a todas sus conexiones. Había tocado todos sus contactos para salir de allí. Y había buscado maestros para ella, por supuesto los mejores. Los mejores maestros que le habían recomendado los mejores. ¿Sabía Mesmer lo difícil que era encontrar un maestro para una ciega?

Hasta personas sabias creían que el que no veía no entendía nada.

Eso sí puede imaginárselo, dice Mesmer. Eso era porque la gente se resistía a entender lo que no veía... Y eso los hacía más ciegos que ciegos...

Pero él, dice el padre, ha comprobado que todo eso es una tontería. Él le ha leído siempre a la hija, todo lo que ha podido, ¿no es cierto, Resi?

La muchacha asiente.

Le ha leído siempre. Nada que le hubiera podido corromper el corazón, nada, por supuesto, que le hubiera podido restringir más su ya por la enfermedad limitada utilidad en tanto mujer. Sólo han leído cosas útiles. Preferentemente a Dios y a Gellert, ¿no es cierto, Resi?

Vamos, dice, recítenos alguna cosita, Resi.

Y Resi, con su cabeza-torre que oscila silenciosamente, dice en un murmullo:

³ Región histórica del sudeste de Europa, dividida actualmente entre tres países (Rumania, Serbia y Hungría), que perteneció al Imperio Austríaco. Era una provincia fronteriza. [N. de la T.]

Relojito, relojito, corre rapidito
Haz que la arena corra prontito
Deja que la arena fluya,
Deja que otra hora dé
Relojito, relojito, corre rapidito.⁴

Resi, qué sorpresa me das. Es algo nuevo. Él no lo ha escuchado nunca antes. Al final quizás hasta lo ha compuesto ella misma. Con el talento de Resi uno nunca sabe, dice el padre. Sólo una cosa queda claro: que no se necesitan ojos para todo. Pensar y hablar ella puede también sin. Y tocar el piano por supuesto. Y que hay cosas que uno puede ver mejor sin los ojos, eso se lo ha enseñado su hija. Cuéntanos, Resi, cómo es el halcón de la fábula de Gellert.

Es azul. Y en los ojos tiene motas amarillas...

Incorrecto..., dice la madre. Ese es...

Ese es el papagayo, dice el padre.

El halcón, si tú sabes..., el de...

Déjala en paz, dice el padre. Ya está, Resi.

Bajo sus párpados él ve los ojos de la muchacha girando en círculos como dos pajarillos breves instantes antes de salir de los huevos.

Creo que la niña ya ha tenido bastante, dice el padre. Ya es hora de que vaya a dormir.

⁴ *Ührchen, Ührchen, geh' geschwind
Mach', daß bald der Sand verrinnt
Laß den Sand verrinnen,
Laß ein Uhr beginnen
Ührchen, Ührchen, geh' geschwind.* [N. de la T.]

¿Aún guarda vivo en su memoria el recuerdo de aquella noche?, le pregunta Mesmer dirigiéndose a ella directamente.

Ella conoce la historia, dice el padre, pero no recuerda nada.

¿Ah, sí?, dice Mesmer. ¿Usted no recuerda nada?

No, dice el padre.

¿Cuál el recuerdo más antiguo que tiene, señorita?

No hay nada más antiguo, dice el padre, gracias a Dios. Ahora recuerda lo bueno, ¿no es así, Resi? ¿Recuerdas cuando tocaste para la Emperatriz?

Los ojos cerrados de la hija se vuelven hacia la madre. Las claras campanitas de su pomposo peinado acompañan cada uno de los movimientos. Mesmer está atento.

¿Y...? Dinos qué exclamó la Emperatriz, quiere saber la madre.

La muchacha asiente fuertemente con la cabeza.

Sí. “Bravo”. “Bravo” exclamó, le responde el Secretario de la Corte a su señora esposa.

¿Y luego?, pregunta Mesmer, ¿qué sucedió luego?

La muchacha aplaude.

¡Sí, señor!, dice el padre. ¡La pensión graciable!

¿Y luego?, pregunta Mesmer.

Eso fue todo, dice el padre.

¿Podía oírlo de la boca de ella?, pregunta Mesmer.

La madre lanza una breve risita. El Secretario de la Corte hace un gesto colocándose un dedo sobre los labios. Todos aguardan.

El rostro de la muchacha se estremece, suavemente al principio, como una tormenta detrás de las pestañas. Luego se abren lentamente los ojos.

Estos se ensanchan, brotan saltones. Las pupilas saltan descontroladamente, como pelotas que bajan cayendo por una escalera. O como navíos demasiado pequeños frente a olas demasiado grandes, o como peces que saltan frente a partículas de polvo creyendo que son mosquitos, o como las primeras moscas en primavera alrededor de ramos de flores secas. Todo lo que hasta hace un momento estaba muerto y sin vida se agita, se estremece, vibra siguiendo un sistema propio, autónomo respecto del todo. Caótica y descoordinadamente como un autómatas que se ha vuelto loco.

¡Cierra los ojos!, le grita el padre.

La muchacha obedece. Se apaga.

¡Cómo se ve! El padre intenta guardar la compostura.

Lo único bueno, dice la madre, es que el doctor lo vea.

Resi, no tienes que decir nada, dice el padre. Mejor tocas algo para el doctor. ¿Qué nos tocarás, Resi?

La muchacha se pone de pie y halla el camino hasta el piano, su espalda se endereza. Y cómo habla sin esfuerzo alguno.

Tocaré una pieza de mi maestro. De mi admirado maestro Kozeluch. Una pieza breve compuesta por él mismo.

Alza las manos, las que se transforman en el aire, se convierten en suaves nubes que se deslizan por las teclas ligeras como plumas.

Ya con las primeras notas Mesmer respira hondo. ¡Bravo!, exclama cuando termina. ¿Sabe también algo de Gluck?

La muchacha sacude la cabeza.

Gluck no, dice el padre. Salieri. Pero ya es suficiente. ¿Mesmer podrá hacer algo?

Le vendará los ojos, dice Mesmer. Para que se calmen y regresen a sus órbitas.

Suena bien para empezar, dice el padre. Por lo demás también valdrá la pena para Mesmer.

Mesmer lo mira con gesto interrogante.

En fin..., dice el padre bajando la voz. La cercanía a las más altas esferas... muy probablemente el caso podría interesarle a la Emperatriz... si ella se enterara... uno probablemente también podría ayudar un poco... ¿Comprendía lo que le quería...?

Sí.

¿Y cómo seguía luego con los ojos?

Mesmer replica que las especulaciones no son lo suyo. En lugar de grandes promesas él prefiere empezar ya mismo. La teoría es importante, pero los cambios no se producen en la teoría. La práctica es la que demuestra el valor de una teoría. No al revés.

Les pide a los padres que se retiren por favor del salón. Necesita un momento con la paciente.

¿A solas?, pregunta la madre.

Por supuesto, dice el padre, su esposa se retirará de la sala. Y le hace a esta un ademán indicándole la puerta.

Mesmer mira a uno y otro sin poder creerlo.

Él, dice el padre, se contentará quedándose en un rincón. Imagínese que no existe.

Mesmer sacude la cabeza en señal de negativa.

Es que mire usted. El padre le señala a la muchacha. Cómo le tiembla ya de nuevo el cuerpo. Como una danza pendiendo de hilos, pendiendo de hilos afuera en la tormenta, y sin compañía.

¡Dice usted bien!, exclama Mesmer, y agrega que ese temblor es una buena señal. Y por eso, dice Mesmer, él propone internar a la paciente en su casa-hospital magnético.

¿No exagera un poco ahora?

De ningún modo, no hay nada más ajeno a él que la exageración.

Con el señor von Störck y con el señor Barth también habían llegado a un acuerdo. La llevaban dos veces por semana para el tratamiento.

A él no lo pueden comparar con esos señores, replica Mesmer, como no pueden comparar su método con el de ninguno de ellos.

Mi hija no se me va tan fácilmente de mi casa, dice el padre.

El pianoforte. Ella necesita el piano. Necesita ensayar todos los días como el aire que respira. Él ya sabe, una carrera profesional...

También para él, dice Mesmer, el ocio es el principio de toda enfermedad. Mayor entonces la alegría, porque en su casa también hay un pianoforte, a total disposición

de su hija. Y para ser más exactos, agrega, uno con mecánica inglesa. Con un toque apenas un poco más pesado. Adecuado para fortalecer manos y dedos delicados. Sólo cansa si uno no ha practicado mucho. Después uno ya lo toca dormido, y suena que es un sueño.